

bres? (Juan hace un gesto de desaliento) ¡Y son los mismos hombres! (Apoya con ternura sus manos sobre los hombros de Juan) Se dulce y bueno ¡y no te exaltes! Y háblales de cosas sencillas, de cosas que ellos puedan comprender! Bajo la dura corteza de sus cuerpos son almas simples que de todo se asustan!... No los llesves por la violencia!... ¡Quiérellos!... aunque te insulten! Perdónales aunque te golpeen! Pórtate con ellos como si fueran enfermos o niños!

JUAN.—Oh... Magdalena, ¡cuán poca cosa soy delante de tí!

MAGDALENA.—No digas? ¿Qué sería sin tí? Te acuerdas cuán débil y tímida era... y la oscuridad que había en mi alma? Y todo cuanto era oscuro en mí... se ha iluminado! Y es de tu luz, de tu luz... que estoy animada!

JUAN.—De mi luz! Eres tú quien me sostiene, Magdalena... tú quien reanima mi valor cuando decae; tú quien mis desalientos sabe transformarlos en una renovación de fé y de fuerza. Es en tus ojos, en el profundo cielo de tus ojos, donde yo veo iluminarse la futura estrella y el alba de la suprema liberación. Y yo en tus lágrimas había adivinado, había visto todo esto!

MAGDALENA.—¡Recuerda cuando lloraba! (Apoya su cabeza contra el pecho de Juan) ¡Una sola de tus miradas secaba mis ojos!... Y tu voz, que me hablaba... era como un sucederse de palacios, en que los pobres se cubrían de doradas vestiduras... y en que pasaban mis angustias en largos y brillantes desfiles, ligeras y bellas como las flores. Oh! tú no puedes adivinar los milagros de tu presencia! Y como, por el hecho solo de estar junto a nosotros, convertías en un reino de embriaguez, nuestra pobre casa tan miserable y sombría.

JUAN.—Magdalena! Magdalena! Todo eso, todo eso lo ví brillar en tus lágrimas!

MAGDALENA.—Y mis hermanitos! Recuerda cuando lloraban. Tí los sentabas en tus rodillas, los mecías diciéndoles dulces frases... Y ellos te sonreían y se dormían en tus brazos, felices y quietos! (Juan abraza a Magdalena) Y bien, haz por los que vendrán aquí en unos instantes, lo que hacías por mis hermanitos y por mí... y ellos te seguirán... hasta el sacrificio... hasta la muerte... cantando!

JUAN.—Magdalena! Acepte cuanto pueda venir... Las amarguras, los dolores, las traiciones que todavía me esperan. ¡No me quejaré más, puesto que me fué dado encontrar, un día, en mi camino de miseria la alegría inmensa y sublime de tu cariño! (Se abrazan y besan) Oh... tus ojos... ¡que en ellos halle la santa fuerza!... Oh... tus labios... ¡qué bebía en ellos la ambrosía del milagro! (Permanecen enlazados unos instantes) Aún! Aún! ¡Si el día no volviera a surgir tras la embriaguez de esta noche!

MAGDALENA.—(Repentinamente, se ha levantado) Silencio! Silencio! Escucha! (Da algunos pasos, escuchando) Oigo pasos... voces! Son ellos! (Juan se levanta. Pasa la mano por su frente).

JUAN.—Llegan?

MAGDALENA.—(Viniendo hacia Juan) ¡Hagan lo que hagan! Digan lo que digan... se bueno! Me lo has prometido!

JUAN.—(Sin fuerza) Sí.

MAGDALENA.—(Yendo a la entrada de un sendero, y hablando a los huelguistas, todavía invisibles) Por aquí... por aquí. (Uno a uno, grupo, por grupo, los huelguistas desembocan en la plazoleta).

ESCENA II

JUAN ROULE, MAGDALENA, FELIPE HURTEAUX, PEDRO ANSAUME, JOSE BORDES, JULIO PACOT, CEFERINO BOURRU, FRANCISCO GOUGE, PEDRO PEINARD. Huelguistas, mujeres y niños.

PEDRO ANSAUME.—¡Salud, Magdalena!

MAGDALENA.—¡Salud, Pedro!

ANSAUME.—(Yendo hacia Juan) Escucha... Hay algunos que vienen con malas intenciones.

JUAN.—Lo se, Pedro... pero los convenceré!

ANSAUME.—Se los conquista desde hace días... Y si los registra-